

Orville E. Swindoll

Movimiento pentecostal, adoración, fe, movimientos de señales y prodigios, guerra espiritual

No debe sorprender a nadie que confiese que me siento más que abrumado ante la magnitud de la tarea que me fue asignada por los organizadores de esta conferencia IAF. La necesidad de presentar algo digno de nuestra consideración sobre este asunto importante en poco más de veinte minutos es demasiado exigente para mi capacidad. Sin embargo, aunque me parece audaz de su parte, agradezco el honor que me han brindado con la invitación, y procuraré darles algo para deliberar que pueda generar, al menos así lo espero, conversación útil sobre estos temas. Lamentablemente, no me es posible, en el contexto de esta presentación, cubrir todos los asuntos que se mencionan en el título.

Parecería conveniente dividir el tema en varias categorías de entrada para luego intentar con unas pinceladas destacar en alguna medida la importancia de estos asuntos. 1) En primer lugar, procuraré definir en el marco bíblico el tema que trataremos, para que al menos puedan comprender mi uso de los términos que aparecen en este breve documento. 2) Luego intentaré presentar un pantallazo de la historia de la iglesia en relación con nuestro tema. Pienso incluir también alguna referencia personal a modo de ilustración, pero sin extenderme mucho. 3) Algunos pensamientos con respecto a pautas pueden servir para que evitemos errores y trampas. 4) Finalmente, sugeriré algunas conclusiones y temas que podemos considerar más extensamente si el tiempo lo permite.

EL SIGNIFICADO DE PENTECOSTÉS

Es obvio que el mismo Señor Jesús anticipó de modo significativo el evento pentecostal que ocurriría después de su resurrección y ascensión al cielo. Aun Juan el Bautista profetizó que Jesús bautizaría a sus discípulos con el Espíritu Santo y con fuego (Mt 3:11). Jesús señaló que los discípulos tendrían que esperar la venida del Espíritu Santo para ser llenos hasta desbordar de gracia, sabiduría, denuedo y autoridad espiritual a fin de cumplir sus responsabilidades en la extensión del evangelio y del reino de Dios (Jn 7:38–39; 16:7–15; 20:21–23; Lc 24:45–49; Hch 1:7–8). Mucho de lo que Jesús les dijo en este sentido habría sido muy difícil, si no imposible, de entender previo al derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés.

No pienso relatar de modo detallado la secuencia de los eventos que experimentaron los discípulos el día de Pentecostés, ya que confío que les son muy familiares a los presentes. No obstante, creo que puede ser útil subrayar algunos de los hechos más importantes que

acompañaron este suceso magnífico que dejó una impresión indeleble en los discípulos y marcó el rumbo para la expansión rápida del evangelio en el mundo. Vienen a la mente las siguientes características:

- Todo el conjunto de 120 discípulos que estaban esperando tuvieron la misma experiencia con el Espíritu Santo. Ninguno quedó excluido.

- La evidencia inicial fue un viento recio del cielo que llenó el recinto donde estaban reunidos los discípulos.

- Luego vinieron de arriba lenguas de fuego que se posaron sobre todos ellos.

- Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a articular espontáneamente una gran variedad de lenguas (glosolalia), que luego fueron comprendidas por la multitud procedente de muchas naciones que se juntó en la calle. Lucas nos informa que estos escucharon a los discípulos proclamar en sus lenguas nativas las maravillas de Dios.

- Lucas también relata que todo esto causó mucho ruido y alboroto que resultó en una aglomeración de miles de judíos en la calle (habían venido a Jerusalén para celebrar la fiesta anual de Pentecostés). Lo ocurrido los dejó confundidos y perplejos, pues no encontraron ninguna explicación lógica de lo ocurrido. Algunos se burlaron, diciendo que se trataba de un conjunto de borrachos en el aposento alto. Todo esto parece indicar que los 120 discípulos estaban experimentando una exaltación, o un entusiasmo desbordante.

- Pedro, habiendo superado su vergüenza y cobardía, ahora lleno del Espíritu, dio a la multitud la explicación espiritual de lo ocurrido: Jesucristo había sido levantado de entre los muertos, ascendido al cielo, sentado en el trono de Dios, y ahora había derramado el Espíritu Santo sobre sus discípulos tal como lo había prometido. Aprovechó la ocasión para desafiar a la multitud a dar cuenta de su error al descartar a Jesús como el Mesías y demandar su crucifixión; ahora deben arrepentirse y bautizarse en el nombre de Jesucristo. Lucas nos dice que unas tres mil personas respondieron en fe, a las cuales Pedro prometió la misma experiencia que acababan de tener los 120.

- Luego al fin del capítulo 2 de Hechos Lucas nos ofrece una breve descripción de las características de la nueva comunidad de seguidores de Cristo en Jerusalén: Se bautizaban y seguían fielmente la enseñanza de los apóstoles, se mantenían firmes en la comunión, el partimiento del pan y la oración. Todos quedaban asombrados frente a las maravillas y prodigios realizados por los apóstoles y eran movidos a expresar profunda generosidad en el cuidado de las necesidades de los demás creyentes. Se reunían todos los días en el templo como también en las casas de los discípulos, alabando a Dios y gozando de la estima de sus compatriotas. Lucas añade que el Señor seguía salvando y añadiendo a su número cada día más creyentes.

En la mente de una mayoría de los creyentes pentecostales de hoy, la mayor parte de estas características siguen siendo abrazadas, al menos en lo que atañe a la fe, sea que se lleve a la práctica o no. Pero en general, las evidencias más significativas de la fe y práctica pentecostal incluirían: una experiencia con el Espíritu Santo que cambia la vida posterior a la conversión a Cristo, una experiencia personal de los dones del Espíritu, especialmente glosolalia (orando o

adorando a Dios en lenguas), fe en la intervención de Dios para la sanidad física, una experiencia gozosa de adoración y alabanza y, en muchos casos, fe para expulsar demonios o espíritus malvados (Marcos 16:17). Más allá de una variedad de experiencias personales, el creyente pentecostal tiene un gran deseo de conocer la voluntad de Dios y ser guiado personalmente por el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios no es simplemente una influencia poderosa; es la tercera persona de la divina Trinidad, que revela a Jesucristo y conduce a la iglesia en victoria y expansión.

UN PANTALLAZO DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Un estudio cuidadoso de la historia eclesiástica revela que las manifestaciones pentecostales y carismáticas nunca cesaron completamente, aunque hay poca evidencia de ellas durante períodos extendidos de sequía espiritual. Los padres y escritores tempranos de la iglesia hicieron referencia a ellas en varias instancias, especialmente durante los primeros tres siglos de la era cristiana. Una vez reconocido el cristianismo como la religión «oficial» del imperio romano, mucha actividad espiritual espontánea cedió lugar a una liturgia predeterminada en el culto cristiano. Con la caída del imperio romano y el advenimiento del oscurantismo encontramos poca evidencia de una espiritualidad vital fuera de lo tradicional, con pocas excepciones, hasta que aparecieron los esfuerzos tempranos hacia la reforma, que finalmente culminaron en la reforma del siglo dieciséis bajo Martín Lutero y otros.

Con el surgimiento de Juan Wesley, inicialmente sacerdote anglicano y misionero a las colonias norteamericanas, apareció un significativo despertar espiritual, a menudo con expresiones espontáneas de exaltación, lo cual podría considerarse un precursor del movimiento pentecostal moderno. Por cierto, hubo mayor énfasis en la santidad en la vida cristiana y, eventualmente, al comienzo del siglo veinte, nació el movimiento pentecostal moderno en el contexto de una escuela bíblica auspiciada por un grupo de santidad en Topeka, Kansas, bajo la dirección de Charles Parham. La influencia posterior que tuvo sobre William J. Seymour en reuniones cerca de Houston, Texas y el traslado subsiguiente de Seymour a la zona de Los Ángeles dio lugar al surgimiento de la Misión de Azusa Street (1906–09), desde donde el mensaje y la misión pentecostal se propagaron rápidamente por todo el mundo.

Debido a que los primeros pentecostales fueron mayormente rechazados por las denominaciones cristianas tradicionales, no gozaron de una recepción amplia hasta después de la mitad del siglo veinte. Luego en 1960 surgió a nivel nacional (en los EE.UU.) la noticia de un derramamiento pentecostal entre episcopales (anglicanos) en Van Nuys, California, bajo el rector Dennis Bennet, y pronto cautivó el interés de otros en las iglesias más tradicionales. Con esto surgió lo que se ha denominado el despertar carismático, esparciéndose rápidamente entre la mayoría de las denominaciones cristianas, incluso entre los catolicorromanos desde 1967.

Es obvio que muchos de estos eventos se presentan desde la óptica de escritores y periodistas estadounidenses. Sería interesante, y también de gran ayuda, si la información se completara con detalles de eventos relacionados en otras partes del mundo. Sin embargo, la brevedad de este documento hace que sea casi imposible en este momento.

EXPERIENCIA PERSONAL

Durante mis estudios en una universidad bautista fui expuesto a algunos que me contaron de su experiencia del bautismo en el Espíritu Santo. Ya que tenía un deseo intenso de conocer al Señor en profundidad, respondí con fe y visité iglesias pentecostales de vez en cuando durante el transcurso de mi búsqueda. Cuando algún tiempo más tarde conocí a la señorita que hoy es mi esposa compartimos el deseo mutuo de encontrar mayor profundidad en nuestra relación con Dios. También ella había tenido la influencia favorable de un profesor pentecostal durante sus estudios universitarios. Poco tiempo después de nuestro matrimonio ambos experimentamos el bautismo en el Espíritu Santo en marzo de 1953. La experiencia marcó profundamente nuestra vida, y sirvió para iniciar un compromiso por toda la vida con el servicio cristiano y las misiones, llevándonos a la larga a servir al Señor en América Latina.

Los desafíos que enfrentamos sin duda produjeron un crecimiento en nuestra fe y sensibilidad a la guía del Espíritu Santo. A lo largo de los años, en una variedad de contextos, hemos experimentado su intervención bondadosa en señales y prodigios, en la liberación de otros que sufrían bajo influencia demoníaca, en sanidades y en una variedad de dones carismáticos. Nuestro corazón rebosa de alabanza y gratitud al Señor por su abundante gracia y bondad para con nosotros a lo largo de los años y en muchos lugares distintos. ¡A Dios sea toda la gloria!

PAUTAS Y DISCERNIMIENTO

Caminar con el Señor bajo la dirección del Espíritu Santo bien podría describirse como una gran aventura continua. Las Escrituras nos presentan directrices muy importantes, pero no hay nada que sustituya la sintonización de nuestros oídos y nuestro corazón al susurro del Espíritu Santo. Las Escrituras nos dicen a menudo lo que debemos hacer y muchas cosas que no debemos hacer, pero solo el Espíritu Santo puede decirnos cuándo y dónde debemos actuar. Tan importante como aprender a seguir al Espíritu Santo es nuestra necesidad de aprender a detenernos cuando nos dice «ALTO». El Señor introducirá en nuestra vida ciertas personas, o nos enseñará a través de circunstancias muy difíciles, y también abrirá o cerrará puertas delante de nosotros, pero sin una sensibilidad a su toque o su dirección, fácilmente perderemos de vista las lecciones que nos quiere enseñar. Debemos disciplinarnos para llegar a ser estudiantes fieles y diligentes de las Escrituras, mientras mantenemos nuestro oído interior atento a su voz.

A lo largo de los años hemos visto a demasiadas personas desviarse, algunas por entusiasmo excesivo, algunas por poco discernimiento, otras por no estar dispuestas a recibir consejo sabio, otras por estar muy convencidas de que el Señor les había mostrado algo muy personal y no tuvieron la voluntad de exponer sus planes a otras personas que pudieran haberlas ayudado a evitar caídas, aparte de las muchas que abandonaron la carrera por causa del desánimo. Algunas quedaron atrapadas por el enemigo de nuestras almas y otras han sucumbido por causa de su propia ambición.

Mencionaré algunas pautas que encontré muy útiles en mi experiencia con el Señor, con la esperanza de que también puedan resultar útiles para otros.

- 1) No hay nada que pueda ocupar el lugar de las Escrituras y de un compromiso continuo de

honrar a Dios y su revelación que nos es dada por ellas. Debemos escudriñar las Escrituras, conocerlas en profundidad y siempre mantener nuestro corazón abierto al Espíritu Santo para que nos alumbre más aun. Pero es necesario tener siempre presente que el Señor jamás nos va a guiar por un camino que se oponga a la clara enseñanza de la Biblia. Para mantenernos firmes, es necesario que apreciemos la importancia de sana hermenéutica, fiel estudio y meditación de las Escrituras y un compromiso firme con el fundamento histórico que la iglesia ha abrazado a través de los siglos.

2) Necesitamos caminar en estrecha relación con otros. Es peligroso pretender permanecer solo, y no es aconsejable tomar decisiones sin consultar con otros que nos quieren cuidar como también con aquellos que serán afectados por nuestras decisiones.

3) Siempre debemos estar dispuestos a filtrar todo lo que creemos haber recibido por inspiración o revelación. Nunca debemos actuar solo por inspiración. Mejor consultar con otros que nos puedan ayudar a evaluarla.

4) Debemos apreciar la importancia de la continuidad. Dios no está haciendo algo novedoso todos los días. Es un Dios de propósito y siempre obra conforme a su plan. Aun cuando introduce sorpresas, debemos interpretarlas como parte de su propósito mayor en nuestra vida.

5) Nuestro propósito supremo es que cada día nos parezcamos más a Jesús en todo sentido. No debemos orientar nuestra obra solo en torno a proyectos. Sobre todo Dios está obrando en nosotros para conformarnos a su imagen. Si esto no se hace evidente en el desarrollo de nuestro caminar, algo anda mal.

6) El Espíritu Santo quiere guiarnos y dar significado a nuestra vida. Desarrollemos un corazón atento, una determinación de andar en sus caminos, una disposición pronta a dejar de lado nuestros planes personales a fin de responder a él.

PARA CONSIDERAR

Para finalizar, quisiera sugerir algunos temas para considerar más extensamente. Algunas de las tendencias que observo en ciertos círculos pentecostales y carismáticos me preocupan. Veo demasiada arrogancia, demasiado deseo de figurar con prominencia, muy poca humildad, poca disposición de dejar que el Señor solo sea glorificado. Me pregunto de qué manera podemos ser eficaces si no aprendemos a escuchar al Señor en quietud. Me parece que casi hemos perdido el arte de contemplación y meditación. Nos concentramos en la acción, pero me pregunto si no debiéramos concentrarnos más en pensar, pesar y evaluar. Y me preocupa que muchos que creen haber recibido una inspiración o instrucción del Señor no estén dispuestos a probar o filtrar esa revelación antes de imponerla en otros. Estos son algunos de los temas que tengo en mente al plantear las sugerencias que siguen.

1) Necesitamos, según entiendo, una nueva apreciación del valor del silencio. La disciplina del silencio es algo que todo siervo de Dios debe aprender. No precisamos dar una opinión personal con respecto a todo lo que surge en una conversación. Debemos cultivar una disposición de suspender juicio hasta tener tiempo de pensar con cuidado acerca de las cosas y afinar nuestro

corazón para escuchar al Señor.

Debemos entrenar a los santos bajo nuestra responsabilidad en el arte de esperar en Dios, escuchándolo atentamente antes de actuar. A lo largo de los años la iglesia ha enseñado mucho acerca de hablar con propiedad y elocuencia, pero poco se ha enseñado a los santos sobre aprender a escuchar. Muchos dan por sentado que solo los pastores y líderes de la iglesia tienen la responsabilidad de escuchar a Dios, pero es un derecho que pertenece a todo cristiano (Juan 10:27; Romanos 8:14). Esto no se aprende rápidamente ni con facilidad; los pastores deben enseñar a su grey con diligencia a aprender los caminos por los cuales el Señor conduce a los suyos.

2) Necesitamos dar más atención al obrar del Espíritu Santo en nuestra vida con respecto a los dones, operaciones y revelación, especialmente en el contexto de evangelismo y misiones. Aquí también, se concentra la atención demasiado en los líderes de la iglesia y los que están en la plataforma. La iglesia se enriquecería grandemente si todos los santos entendieran que el Espíritu Santo ha repartido sus dones entre todos ellos, y todos tienen la responsabilidad de ser sensibles ante él. Debemos enseñar a nuestras congregaciones más con respecto a la percepción, el discernimiento y el desarrollo de los dones y las gracias espirituales. Estos dones no aparecen en nuestra vida perfeccionados ni en pleno desarrollo; la destreza espiritual se aprende y se pule por el uso y por la interacción con otros. Debemos incorporar en algunas de nuestras reuniones oportunidades para que los santos aprendan y ganen experiencia en el uso de los dones carismáticos. Y debemos ayudarlos a aprender a responder a la guía del Espíritu en contextos fuera de la reunión de la iglesia.

3) Parece que hay una presuposición no escrita en muchos cristianos que cualquiera que tenga un don espiritual puede actuar sin ser cuestionado. Muchos profetizan, pero nadie juzga la palabra. Alguien recibe una revelación y actúa en base a ella sin esperar que otros evalúen si en verdad procede del Señor. Los que oran por los enfermos a menudo presuponen que ocurrirá la sanidad, sea cierto o no. ¿No sería mucho más sabio someter nuestra inspiración a nuestros pares para que fuera evaluada? A veces actuamos como si fuéramos juez y parte. Hermanos, ¡esto se debe corregir! Para muchos fuera de la iglesia parecemos arrogantes, auto-impelidos y presuntuosos, mal dispuestos a aceptar el juicio de los demás.

Creo que sería de ayuda para la iglesia y para todos los que somos ministros si adoptáramos un perfil más bajo y más humilde en este asunto. El apóstol Pablo insistió que cuando hablan los profetas, otros [¿profetas?] debieran examinar con cuidado lo dicho (1 Corintios 14:29–33). Eso parece indicar que la palabra del profeta no debe tomarse como autoridad definitiva hasta que no se la examine adecuadamente. También escribió que no debemos restringir al Espíritu Santo ni despreciar la profecía, sino que todo debe ser sometido a prueba para luego retener solo lo bueno (1 Tesalonicenses 5:19). Estableció restricciones en el uso de las lenguas en la asamblea (1 Corintios 14), pero para muchos creyentes pentecostales, el hablar en lenguas en voz alta ha venido a ser una señal de su legitimidad como pentecostales. Estas cuestiones deben ser enfrentadas y tratadas de manera seria. Conozco demasiados pastores que rehúsan tratar estos asuntos de manera crítica, y tampoco enseñan a los santos conforme a las Escrituras. Creo que

haríamos bien y quizá estableceríamos un precedente saludable si marcáramos algunas pautas sabias para estas cosas en nuestras reuniones.

4) Debemos dejar bien claro que no tenemos interés en actuar como «hombre orquesta». No solo en foros como esta conferencia, sino también en nuestras actividades más normales, debe ser evidente a todos los que nos conocen que no estamos actuando a solas. Debíamos dejar de preocuparnos con respecto a nuestra prominencia o dominio, y mostrar más interés en que Cristo sea destacado como Señor y Cabeza de la iglesia. Nunca será este el caso a menos que aprendamos a actuar en forma concertada. Si faltan pares, necesitamos concentrar nuestra atención en levantar y entrenar a otros que puedan estar a nuestro lado y aun tomar nuestro lugar. Ninguno de nosotros debe atreverse a intentar perpetuarse. ¡Debemos menguar; a fin de que crezca Cristo!

Jesucristo insistió en este punto. Llamó a doce para ser apóstoles y los trató de manera conjunta, a veces en grupos más pequeños, pero siempre en un marco plural. La iglesia primitiva en Jerusalén presentó su liderazgo plural de manera unida, cooperativa, complementaria, aun dispuestos a rebajarse. El apóstol Pablo casi nunca viajó ni ministró a solas; siempre tuvo colegas y discípulos consigo. La iglesia es un cuerpo y todos los miembros son importantes y esenciales los unos a los otros. Necesitamos ser ejemplos con nuestro estilo de liderazgo, mostrando que todo ministerio es complementario, no la actuación de uno solo, aun habiendo destacados dones y elocuencia.

CONCLUSIÓN

Concluyo este breve estudio elogiando el criterio excelente que ha manifestado el liderazgo de esta conferencia anual. Les animo a seguir juntos, frente a toda oposición. Su labor es muy importante en esta coyuntura de la historia y experiencia de la iglesia. Demasiadas impresiones malas han sido dadas por aquellos que se proclaman apóstoles, pero están seriamente cuestionados y aun están infligiendo mucho daño a la iglesia. Conozco algunos de estos casos de primera mano; otros me han llegado por los que han sido afectados de modo negativo. Nos enfrentamos al gran desafío de ser auténticos, espirituales, diligentes y serios, sin asumir posturas exageradas que no deben tener lugar entre los que desean honrar a Cristo. Que el Señor siga guiando sus pensamientos y sus decisiones.

O.E. Swindoll